

Formas Consagradas en la Misa

P. R. Rocha, S. I.

- ¿Es igual comulgar con hostias ofrecidas en ésta o en otra Misa?
- ¿Pueden los «símbolos» aclarar al «dogma»?
- ¿Cómo ayudar a expresar la ofrenda sacrificial y la unidad familiar de la Misa?

Esta nota desea ser una modesta contribución al movimiento que intenta restaurar en los cristianos el sentido litúrgico, llevándolos a buscar en la Liturgia el medio de unirse a la oración de la Iglesia y con ella elevarse hasta Dios.

Diríjese a todos aquellos que alguna vez sintieron el dolor de que el acto más transcendental de nuestra Religión—la Misa—no esté más al alcance de la comprensión de todos. Enfocamos solamente uno de los muchos puntos que necesitan de ilustración para comprender, estimar y vivir la Misa.

Quizás a alguno este título le haga sonreír y pensar que se trata de una novedad más o de una cuestión bizantina.

Ni una cosa ni otra. No es novedad, porque se trata de algo cuya antigüedad se remonta a casi veinte siglos. No es bizantinismo, porque hace todavía pocos años S. S. el Papa Pío XII se ocupó del mismo asunto.

Es algo antiguo

Tan antiguo como la Iglesia. En los primeros siglos, prácticamente todos los que asistían a la Misa en ella comulgaban, según el testimonio de S. Pablo y los primeros escritores eclesiásticos. Esto, una vez a la semana, en el día del Señor; parece que en algunas regiones lo hacían todos los días, a juzgar por unas palabras de San Agustín.

Más tarde viene el decrecer del fervor. En la Edad Media se comulga mucho menos: tres, cinco, a lo más diez veces al año. Pero siempre en la Misa y con formas consagradas en ella. Solamente se reservaban algunas—muy pocas—para los enfermos y para la adoración de los fieles. En alguna diócesis todavía se conservaba esta costumbre en el siglo XVII.

Con los siglos XVI y XVII empieza la Co-



muni6n a separarse de la Misa, uso que prevalece y casi cristaliza en costumbre. Esta soluci6n de continuidad en la tradici6n se debe en parte a las controversias con los protestantes: haba que poner muy en seguro que la Eucaristía era Sacramento. Más tarde se añaden motivos de orden práctico y de comodidad: se consagra un cop6n para dos o más semanas.

Con todo, cuando tratan de la Comuni6n dentro de la Misa, ciertos documentos eclesiásticos nunca hacen alusi6n a las hostias reservadas en el sagrario, sino que suponen en vigor la norma tradicional de dar la Comuni6n con formas consagradas en la misma Misa. Esto mismo suponen, incluso hoy día —no es ésta la ocasi6n de probarlo— las rúbricas de los libros litúrgicos, Misal y Ritual.

Es algo querido por el Papa

En la Encíclica "Mediator Dei" sobre la Sagrada Liturgia expresa S. Santidad el deseo de que los cristianos penetren mejor el sentido de la Misa, para que puedan participar más conscientemente, como deben, en la realizaci6n del Sacrificio Eucarístico.

Tratando de la Comuni6n, el Papa hace suyas las recomendaciones del Concilio de Trento y de Benedicto XIV que exhortan y alaban a los que comulgan dentro de la Misa con formas consagradas en ella. Y añade: "Es muy conveniente que, como la Liturgia prescribe, el pueblo se acerque a la S. Comuni6n después de haber tomado del altar el sacerdote el divino alimento; así son de alabar aquellos que, según antes dijimos, procuran comulgar de las hostias consagradas en la Misa a que asisten, de modo que se verifique "que todos cuantos participando de este sacrificio, recibiéremos el Sacrosanto Cuerpo y Sangre de tu Hijo, seamos colmados de toda bendici6n y gracia celestial" (Canon de la Misa).

Y después de poner en claro que también participan del sacrificio los que comulgan con hostias consagradas antes, exhortan a que, siempre que sea posible, deben los fieles "procurar hacer todo lo que ponga de relieve con más claridad en el altar la unidad viva del Cuerpo Místico".

Es por tanto deseo positivo de S. Santidad que se conserve o restaure la práctica litúrgica y tradicional de comulgar en la Misa y con formas consagradas en la misma Misa. ¿Y por qué?

Vamos a proponer algunas razones que justifican este modo de proceder. Tal vez no digan nada a espíritus un tanto positivos. Creemos, sin embargo, que tienen verdadero valor. Pero tengamos en cuenta que en esto, como en tantas otras cosas, hemos de proceder por *estimaci6n moral* y no por normas de rigidez matemática.

Antes, sin embargo, conviene establecer, como hace el Papa, los puntos siguientes:

—no es obligatoria la Comuni6n de los fieles para la integridad del Sacrificio.

—habiendo una *causa razonable*, se puede comulgar fuera de la Misa.

—habiendo motivo se puede comulgar dentro de la Misa con hostias consagradas en otras Misas. Hay siempre verdadera participaci6n en el Sacrificio.

¿Por qué entonces, comulgar con hostias de la misma Misa?

I. Imitaci6n de la primera Cena Eucarística

Estando a la mesa, Jesús tomó el pan, lo bendijo, lo partió y dió a sus discípulos diciendo: «Tomad y comed, éste es mi Cuerpo». Hacia el fin, añadió: «Haced esto en memoria de Mí». Parece que al menos por reverencia para con el Señor, siendo posible, debemos seguir estos ritos que Él realizó, siempre que nos reunimos para celebrar de nuevo la Cena. De esta manera, a la letra, lo entendieron las primeras generaciones de cristianos y muchas que se siguieron.

Y en realidad, si desde el principio de la Misa vemos al sacerdote ofrecer y consagrar sobre el mismo altar juntamente con la materia del sacrificio, *como una sola cosa*, las hostias que después nos ha de dar a comulgar, más fácilmente podremos relacionar esta Cena con la de Cristo.

Se dirá que no es necesario imitar todos los actos de Jesucristo. Es verdad. Pero si de esa imitaci6n resulta un aumento de de-

cción, no se debe fácilmente abandonar. Tampoco el Jueves Santo es esencial la ceremonia del Lavatorio y sin embargo la Iglesia desea que se haga, porque es causa de verdadera devoción en los fieles.

II. Doble simbolismo de la Misa

El símbolo es una representación visible de una realidad espiritual. Por medio de señales sensibles o acciones materiales, se nos presenta una realidad invisible, de modo que esa realidad ejerza en nosotros su influjo.

En la Comunión, además del aspecto de alimento espiritual, están representadas dos realidades espirituales.

—participación verdadera en el mismo sacrificio ofrecido.

—unidad del Cuerpo Místico de Cristo.

Por lo que hace a la participación en la sagrada víctima inmolada —Cristo bajo las especies sacramentales—, el simbolismo desaparece si los fieles, al llegar el momento de la Comunión, ven que el sacerdote saca del Sagrario formas consagradas en una Misa anterior. Es cierto que se trata del mismo Jesucristo inmolado; cierto es también que por una relación mental podemos decirnos a nosotros mismos que esas hostias pertenecen al mismo sacrificio, puesto que el sacrificio de Cristo es uno solo que se va renovando a través de los tiempos.

Pero precisamente la Liturgia quiere servir de símbolos sensibles para ayudarnos a caer en la cuenta de realidades invisibles (en este caso, que todos los fieles participan del sacrificio de Cristo a que están asistiendo). De lo contrario, despreciados los símbolos, fiados solamente en relaciones mentales acabamos por no entender nada.

Un ejemplo de la nueva Vigilia Pascual. Entre otros ritos que fueron restaurados, fijémonos en una de las ceremonias en torno al Cirio Pascual, símbolo de Cristo Resucitado. Al entrar en la iglesia, completamente a oscuras, los ministros sagrados y los fieles van encendiendo sus velas con la luz del Cirio, para significar que la gracia, simbolizada en la luz, la recibimos todos de Cristo Resucitado.

¿Qué diríamos si para facilitar la ceremo-

nia, comenzase cada uno a sacar su caja de fósforos y con ella encendiese su vela? Sería más práctico y rápido ciertamente. Pero se esfumó toda la fuerza significativa del símbolo, y con ello todo su poder pedagógico sobre los espíritus.

Es también la Comunión símbolo de la unidad del Cuerpo Místico de Cristo. Idea ésta tan densa de significado que los SS. Padres y sobre todo San Agustín tanto inculcaron. Ya San Pablo —predicador del Cuerpo Místico— la había sintetizado en su primera carta a los Corintios:» El cáliz de bendición que bendecimos ¿no es quizá comunión de la Sangre de Cristo? Puesto que es único el pan, seamos un cuerpo único, aun siendo muchos; todos en efecto, participamos del único pan».

Esta unión solamente aparecerá en toda su luz, si el sacerdote y los fieles participan en la Comunión del mismo sacrificio. Ya que hoy no es posible hacer lo que hacían nuestros hermanos de los primeros siglos, que consagraban hostias grandes, como panes, y en el momento de la Comunión los dividían (como hizo el Señor), por lo menos comulguemos de *estas* hostias que son parte de *este* Sacrificio.

III. La misa es una comida

Lo fué la primera Misa celebrada por Jesucristo. Así lo era en el tiempo de los Apóstoles y en los siglos que les seguirían. Hoy ciertamente esa forma está demasiado estilizada. Con todo, todavía se le pueden reconocer los rasgos, sobre todo cuando hay participación activa de la comunidad de los fieles.

El sacerdote es como el padre de familia, que al Ofertorio recibe las ofrendas: el pan, el vino y el agua. El, en nombre de Jesucristo las consagra, para después distribuir las en alimento a los que quieren participar íntegramente en el sacrificio.

IV. Los fieles ofrecen verdaderamente el sacrificio

Lo enseña expresamente S. Santidad. En esta oblación propiamente dicha participan los fieles a su modo y por dos títulos: por-

que ellos ofrecen el sacrificio no solamente por manos del sacerdote, sino juntamente con él. No porque ejerciten con él la potestad y acción estrictamente ministerial de representante de Cristo, oferente principal, sino porque hacen que se ofrezca el santo sacrificio por mano de los sacerdotes ministros de Cristo, y se asocian a ellos en la liturgia sacrificial.

Y con esta participación, también la oblación hecha por el pueblo se refiere al culto litúrgico.

Este ofertorio realízase de dos maneras: Con la unión espiritual e interna de los fieles al sacerdote oferente y con algún rito externo que la manifieste. v. gr., ofrecimiento de las ofrendas, oraciones, limosnas. El estipendio o limosna que se acostumbra dar al celebrante para que aplique la Misa por la intención del oferente —como la colecta que aun hoy día se hace al ofertorio— son los últimos vestigios de las ofertas que antiguamente se realizaban en la Misa.

Trata el Papa de la participación de los fieles en la acción eucarística. Y trae como señales la procesión de las ofrendas, las oraciones alternadas entre el sacerdote y el pueblo, y las limosnas. Lo mismo el hecho de que las oraciones se reciten en plural, representando así la unión del celebrante con los fieles.

Nótese también el «Amén» con que el pue-

blo responde al finalizar el canon: «Per ipsum et cum ipso...» Con esta respuesta, la comunidad cristiana hace suya la acción sacrificial del sacerdote.

Ahora bien; ¿no es más lógico que, si los fieles quieren comulgar, lo hagan, como el sacerdote, de las hostias que ellos también ofrecieron, «coparticipando» en la Comunión como «coparticiparon» en el Sacrificio?

V. ¿Fundamento dogmático?

Sí, parece que la Comunión realizada según estas normas tiene su fundamento dogmático.

La Comunión no sólo significa simbólicamente una participación en el sacrificio, sino que es como el «vehículo de la gracia» que realiza esa participación. Ciertamente, entre un fiel que solamente asiste a la Misa y otro que comulga, éste recibe gracias más abundantes. Lo confirman los documentos eclesiásticos. Nos basta Pío XII en la citada Encíclica: «Una vez que nos es posible participar en el Sacrificio por medio de la Comunión sacramental, la Iglesia nuestra Madre, para que más eficazmente podamos sentir en nosotros continuamente los frutos de la Redención, repite a todos sus hijos la invitación del Señor: «Tomad y comed... Haced esto en memoria de Mí».

Te rogamos, oh Dios, mires con benignidad estos dones... que te sean agradables en honra de tu Cristo y que envíes sobre este sacrificio tu Espíritu Santo para que manifieste este pan como el cuerpo de tu Cristo y este cáliz como la sangre de tu Cristo y todos los que participamos se confirmen en la piedad, alcancen el perdón de los pecados, sean libertados del diablo y sus engaños, sean llenados del Espíritu Santo, sean dignos de tu Cristo y participen de la vida eterna, siéndoles tu propicio, Dios Todopoderoso.

De la Liturgia llamada clementina (s. IV)
en las Constituciones apostólicas, VIII, 12, 38.

Aunque de síyo se reciba la misma gracia, ya comulgemos con formas consagradas en la misma Misa, ya con formas reservadas en el Sagrario (el Sacrificio de Cristo es esencialmente único), parece que en el primer caso se da una participación más eficaz en los frutos del Sacrificio. La razón es la siguiente:

Tanto más gracias recibiremos, incluso de aquellas que dependen solamente de la eficacia del sacramento, cuanto más preparada y dispuesta esté nuestra alma. Pero, en igualdad de circunstancias, nuestra alma estará más dispuesta cuando a través de las acciones y símbolos de la Misa comprendamos mejor la unidad del Cuerpo Místico de Cristo y veamos el lazo de unión que existe entre esta Misa y el sacrificio de la Cena y de la Cruz.

Para conseguir esta comprensión, ciertamente ayuda una viva actuación y participación en las demás partes de la Misa, pero no se puede negar que la participación activa en la Comunión con formas de la propia Misa, nos dispone mejor a comprender y vivir el santo sacrificio y, consiguientemente, a recibir con más devoción el Cuerpo de Cristo. Tendremos pues, ciertamente, con ello más preparada el alma para recibir gracias más abundantes de lo que la tendríamos si nos contentáramos con una Comunión de menor fuerza simbólica y, por tanto, más rutinaria y pasiva.

Conclusiones prácticas

Viniendo a las aplicaciones, aparece la primera objeción — terrible objeción — que puede matar las más bellas iniciativas. ¿Cómo vamos nosotros a realizar una cosa que tiene en contra una tradición de tantos años? Lo que el pueblo piadoso en general desea es comulgar y no da mucho valor a que sea dentro o fuera de la Misa, con formas consagradas en ella o en otra.

Es verdad. Pero con tiempo y buena voluntad pueden introducirse nuevas costumbres. Será necesario instruir a los fieles que, por lo demás, no tendrán dificultad en comprenderlo. Para esta instrucción está indica-

do y preparado el clero joven que trae del Seminario una formación litúrgica más cultivada.

A título de sugerencia indico los siguientes ejemplos.

El primer modo, lo más fácil, que no complica ni demora las ceremonias, consiste sencillamente en consagrar el número de hostias que se cree corresponder al número habitual de comulgantes. Y en la homilía indicar a los fieles ese detalle y su significado, para que caigan en la cuenta.

Para asociar la Comunión al Ofertorio, pueden los acólitos, como representantes de la comunidad de los fieles, llevar al altar juntamente con el vino y el agua también el copón con las formas para la Comunión. Esto sin interrumpir la Misa.

Serían muy aptos para acompañar este rito ciertos cantos colectivos en lengua vulgar que expresan los sentimientos propios del Ofertorio.

Indicamos estos ejemplos a título de orientación. En cada caso concreto será necesario adaptarse a las circunstancias de lugar y personas, siempre dentro de las leyes litúrgicas. Lo que en grupos reducidos se puede hacer y bien, no se podrá fácilmente trasladar a asistencias más numerosas.

Los mejores ambientes, sobre todo para empezar, son los de grupos homogéneos, por ejemplo, comunidades religiosas, organismos de Acción Católica, Congregaciones, organizaciones juveniles y otras asociaciones similares. También se prestan las Misas de Primera Comunión, magnífica manera de instruir y educar a los niños en el aprecio de la Misa y Comunión. De la misma manera están indicadas las Primeras Misas y determinadas fiestas parroquiales, en que se reúne toda la parroquia con su pastor.

En España conozco ya experiencias interesantes y fructuosas, incluso con niños. Creo que en muchas parroquias, en la Misa Mayor, se podría hacer algo, sobre todo en aquéllas en que se va desarrollando el sentido litúrgico.

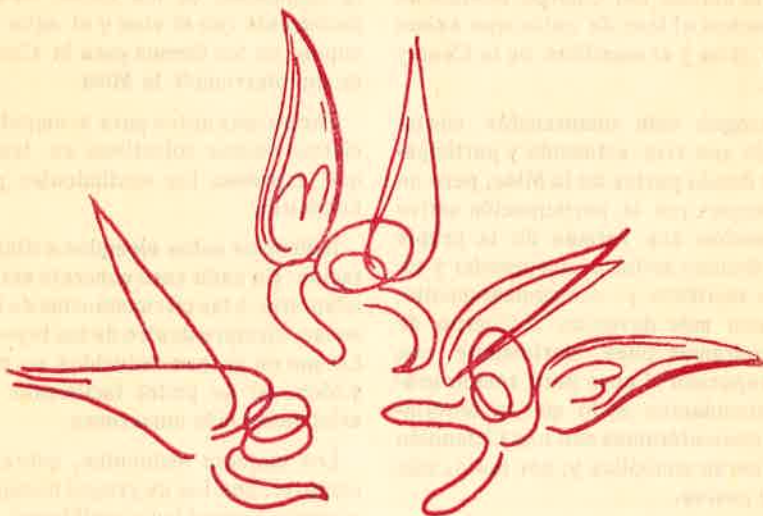
En todos estos casos me refiero siempre a la Misa y Comunión del domingo. En los días

de semana, en que no hay obligación ni posibilidad, a veces, de oír Misa, es muy laudable la costumbre de muchas Iglesias, en que con mucha frecuencia se da la Santa Comunión.

Pero los domingos, ¿por qué no hemos de cumplir nuestros actos de piedad para con

Dios, con paz, haciendo cada cosa a su tiempo?

Ganará en orden y dignidad el culto litúrgico, comprenderemos mejor la Misa y la Comunión como fuentes de piedad individual y colectiva, y sobre todo nos dispondremos mejor para recibir el Cuerpo de Jesucristo.



«Aquel primer nacimiento sobrepasa los tiempos; éste, ilumina los tiempos. Ambos, sin embargo, son admirables: el primero, sin madre; el segundo, sin padre. Cuando Dios engendró al Hijo, engendróle de sí mismo, no de madre; cuando engendró la madre al Hijo engendróle virginalmente, no de varón. Del Padre nació sin comienzo; de la madre nació en fecha determinada. Nacido del Padre, nos hizo; nacido de madre nos rehizo. Nació del Padre para que fuésemos; nació de madre para que no pitiésemos».

San Agustín. Sermón 140